

sangre del prójimo, y lo ha de ser obedecer á Dios y á los que ocupan su lugar en la tierra? ¿Es posible que la honra ha de consistir en el furor, y la cobardía en el generoso respeto á la Religion y á las leyes? Teméis ser tenidos por cobardes? Manifestád vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id á la frente de nuestros ejércitos á desafiar los peligros y á buscar fama en el cumplimiento de vuestros deberes; afianzád vuestra reputacion en acciones dignas de conservarse en nuestras historias y de ser contadas entre los memorables sucesos de la nacion. Este es el valor que pide el estado y autoriza la Religion. Despreciád pues las venganzas bárbaras y personales; mirádlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardía; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo, léjos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; así pareceréis mas grande, y enseñaréis á vuestros iguales, que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria; que todo lo que afrenta á la humanidad, no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio que manda perdonar, ha formado mas héroes que el mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me diréis, que no os tocan estas máximas, pues habéis olvidado los motivos de queja que teniais contra vuestros prójimos, y que el ruido de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañáis en esto; y así, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros odios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

SEGUNDA PARTE.

No hay precepto en toda la ley de Dios que deje ménos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros prójimos; y no obstante, no hay ninguno acerca del cual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Es verdad que casi todos dicen que han perdonado de corazon á su prójimo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y sin embargo

no hay cosa mas rara que el perdonar: apenas hay reconciliacion que mude los corazones y que no sea una falsa apariencia de amistad, ora se considere en su principio, ora se examine en sus medios y en sus consecuencias.

Dije *en su principio*, porque, católicos, para que una reconciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad y de un amor cristiano á nuestro prójimo, y por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra, que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciamos, por ceder á las instancias de nuestros enemigos; por evitar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas consecuencias acaso serian contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podríamos asistir, si nos obstinásemos en permanecer irreconciliables con nuestro prójimo; nos reconciamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, por no dar al público un espectáculo que no corresponderia á la idea que queremos se forme de nosotros; por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo, que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido ántes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usemos con él de respetos y que le hagamos callar con la reconciliacion. Qué mas he de decir? acaso tambien nos reconciamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas frecuentes motivos de las reconciliaciones que se ven todos los dias en el mundo; y es esto tan evidente, que muchos pecadores, en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso se reconcilian todos los dias con sus prójimos, y no pudiendo vencerse en orden á las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, parecen héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas; pero estos son héroes de la vanidad, y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que es verdaderamente penoso y heroico en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro prójimo; y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones exa-

minados los motivos, no lo son ménos si se atiende á sus medios ; Cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos médian para llegar á efectuarla ! ; Qué atenciones no hay que guardar, qué arbitrios no hay que vencer, qué intereses que conciliar, qué obstáculos que quitar y qué pasos que medir ! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habilidad de vuestros amigos ; es un negocio mundano, y no un paso de Religion ; un tratado que se concluye felizmente, y no el cumplimiento de la obligacion de la Fe ; obra del hombre, y no de Dios ; en una palabra, es una paz que nace de la tierra, y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad los hombres que con su industria y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon ? os han restituído ese tesoro que habiais perdido ? Ellos bien habrán podido hacer que cesen los escándalos de un rompimiento declarado, y restablecer las obligaciones exteriores de la sociedad ; pero no han mudado vuestro corazon , que solo Dios tiene en sus manos , ni extinguido el odio, que solamente puede aniquilar la gracia. Es cierto que os habéis reconciliado ; pero aún no amáis á vuestro prójimo, porque si le amarais sinceramente, no hubiera habido necesidad de tantos mediadores para reconciliaros. El amor es medianero é intérprete de sí mismo : la caridad es aquella palabra compendiosa, que hubiera excusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tuvieron que emplear para poder reducirlos : la caridad no es tan mesurada : manifiesta con sencillez lo que sinceramente siente ; pero vosotros pusisteis mil condiciones ántes de rendiros, disputasteis todos vuestros pasos, no quisisteis pasar de cierto punto, y pedisteis que vuestro prójimo se adelantase. La caridad, católicos, no conoce regla alguna de estas ; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien, y aún acaso irritar mas á nuestro prójimo ; pero digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto, y con unas

precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne ; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazon ; unen las personas, pero no los afectos ; restablecen la correspondencia, pero dejan los mismos sentimientos ; en una palabra, hacen que cese el escándalo del odio, pero no el pecado. Jesucristo nos manda simplemente que nos reconciliemos, con nuestro prójimo : *Vade reconciliari fratri tuo* (1). No nos dice : no te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad ; asegúrate ántes de que él ha de andar la otra mitad del camino ; no le busques, no sea que vea en esa accion aprobadas sus quejas, y confesado tácitamente tu mal proceder, y sea como una sentencia que pronuncias contra ti mismo : Jesucristo nos dice sencillamente : vé á reconciliarte con tu prójimo : quiere que la caridad sea la única medianera de vuestra reconciliacion : supone que para amar á nuestros prójimos, no tenemos necesidad de medianeros, y que nuestro corazon no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones ; y siendo casi siempre humanos los motivos y los medios viciosos, las consecuencias no pueden ménos de ser vanas é inútiles. Digo las consecuencias, porque, católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo ? cuál es su fruto ? ¿qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo ? Vedlo aquí ?

Nos decís primeramente, que os habéis reconciliado con vuestro prójimo, perdonándole de todo corazon ; pero que habéis hecho ánimo de no verle mas y de no tratar en adelante con él ; y de este modo vivís tranquilos. Creéis que no manda mas el Evangelio, y que ni el confesor tiene derecho para pedirnos mas ; pero yo os digo claramente, que no habéis perdonado á vuestro prójimo, y que para con él estáis aún en rencor, en la muerte y en el pecado.

Porque pregunto : se puede temer la vista de lo que se ama ? y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, ¿qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso ? Decís que le habéis perdonado, que le amáis ; pero que por evitar casualidades, y por temor de que su presencia despierte en vos-

(1) *Matth. c. 5 v. 24.*

otros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Qué amor es este, que solamente con la presencia del objeto amado se irrita contra él, y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amáis, y acaso queréis decir que no intentáis dañarle ni ofenderle; pero no basta esto: la Religion os manda tambien que le améis, porque para no querer dañarle á un amigo, basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no queréis.

Decídmelo, ¿quisierais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿Estariais satisfechos de su bondad y de sus misericordias, si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabéis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubieseis tratado á vuestro prójimo. Si el príncipe os mandara que nunca parecieseis en su presencia, ¿creeriais que estabais muy adelante en su gracia? Continuamente estáis diciendo que es desgraciado el hombre, á quien no se le permite presentarse ante el soberano, y nos queréis persuadir á que amáis á vuestro prójimo, y que no tenéis ya rencor alguno contra él, cuando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Qué señal mas evidente se puede dar del odio al prójimo, que no poder sufrir ni aún su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento, porque hay algunos que son mas moderados y tranquilos en su odio, pues lo ocultan, se vencen, practican en lo exterior lo que exigen la atencion y la buena crianza, y aunque niegan el corazon á lo que es debido, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro odio ha llegado á tal punto que no se puede disimular y no conoce moderacion y cortesía; y con todo eso ¡nos queréis persuadir que no aborrecéis! ¡Manifestáis aún las mas violentas señales de rencor, ¡y queréis que las tengamos por señales indubitables de un amor cristiano y sincero!

Por otra parte, ¿es propio de cristianos el no verse y vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¡Los cristianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo Padre, los discípulos de un mismo Maestro, los herederos de un mismo reino, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los cristianos que son la participacion de un mis-

mo espíritu, de una misma redencion y de una misma justicia! Los cristianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, ¿han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse, y para no poder sufrirse mutuamente? Toda la Religion nos enlaza y nos une; los sacramentos de que participamos, las preces públicas y las acciones de gracias que cantamos, el pan de bendicion que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregacion de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos junta mutuamente. Toda la Religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras y de méritos; todo nos hermana, nos une, hace de nosotros y de nuestros prójimos una familia, un cuerpo, un corazon y una alma; y ¿os parece á vosotros que amáis á vuestro prójimo, que conserváis con él los mas sagrados lazos de la Religion, al mismo tiempo que estáis rompiendo los de la sociedad, y no podéis sufrir ni aún su presencia?

Aún mas ¿cómo podréis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser felices con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios, y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia. Ah! ¿cómo podréis esperar el estar eternamente unidos con él, y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad pues á las promesas y á las esperanzas de la Fe; separaos como un anatema de la comunion de los fieles; privaos del altar y de los tremendos misterios, desterraos de la congregacion de los santos; no vayáis á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la Religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estáis, se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los altares, y os intiman que salgáis de la congregacion de los santos como si fueráis publicanos é infieles.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades, nos diréis por último, que os conformaréis con ver á vuestro prójimo, con vivir en paz con él, que no faltaréis á la correspondencia

regular; pero que en lo demas sabéis muy bien lo que habéis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

No faltaréis á las correspondencias regulares ! Y ¿os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su prójimo y amarle como á sí mismo? Sabéd que la caridad que nos manda el Evangelio, está en el corazon: no consiste en una simple correspondencia, una vana exterioridad, una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, un amor efectivo, un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amáis como los judíos y fariseos, pero no amáis como cristianos y como discípulos de Jesucristo. La ley de la caridad es la ley del corazon, arregla los pensamientos, muda las inclinaciones, derrama el aceite de la paz y de la suavidad sobre las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros hacéis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisaica y superficial, que se limita á las exterioridades, que no dirige sino los movimientos y que no se cumple mas que con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no faltéis para con vuestro prójimo á las reglas de la buena crianza, y que cumpláis con las mutuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo, son sus reglas y costumbres; pero Jesucristo os manda que le améis; y mientras tenéis apartado de él vuestro corazon, de poco sirve que le concedáis las exterioridades de la buena crianza. Negáis á la Religion lo que le es mas esencial, y únicamente os aventajáis á los pecadores que rehusan ver á sus prójimos, en que os sabéis contener por respeto al mundo, y no sabéis violentaros por la salvacion eterna.

Á la verdad, católicos, si los hombres solo estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaria sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores, y mantener aquel mutuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político; pero nosotros estamos mutuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fe, esperanza, caridad y Religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros prójimos con correspondencias exteriores, cum-

plís con las obligaciones de la sociedad civil; pero no con las de la Religion. No turbáis el orden político, pero trastornáis el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hombre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho, y no pediros mas; pero nada habéis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros, y vuestra condenacion es indefectible. Decídnos ahora, que no faltaréis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la Religion: luego esta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias: no pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon; y el gran precepto de la caridad, en la que únicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no seria mas que una falsa apariencia y una vana hipocresía.

No me creáis á mí en este punto; consultád al público. Mirád si no obstante las apariencias de que usáis con vuestro prójimo, no es fama pública en el mundo que no le amáis, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Reparád si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apartarse de vuestro prójimo: mirád si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro prójimo, y si los que esperan de vosotros algunos favores, no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte, no haciéndosela á él. Bien veis que el mundo os conoce mejor que os conocéis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon, y que no obstante las vanas apariencias que usáis con vuestro hermano, es tan evidente que le tenéis un odio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demas tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias se hacen en el mundo. Nos volvemos á ver, pero no nos reunimos; nos prometemos una mutua amistad, pero no la cumplimos; nos juntamos, pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve razon para decir, que son eternos los rencores, y casi todas las reconciliaciones fingimientos; perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor; deja-

mos de tratar á nuestro prójimo como á enemigo, pero nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias : vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escándalo, y no obstante sus ánimos están encontrados ; son públicos y declarados los efectos de su envidia, zelos y mutuos rencores ; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion ; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domésticas, y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman ; que quisieran arruinarse mutuamente, y aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio ; y no obstante por ambas partes se vive con fama de piedad y en el ejercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos, de gran reputacion en el mundo ; y sin embargo, fiados en que se tributan mutuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los sacramentos y asisten á los sagrados misterios ; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrupulo en el tribunal de la penitencia, y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo, y en vez de acusarse á sí mismos, le acusan á él, ponderando los exteriores respetos que le rinden, como señales de que no está irritado el corazon. Qué mas diré? aún los mismos ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros odios, son las mas veces sus apologistas ; se dividen con el público, toman parte en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de su queja, y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirlo con apariencias de bien y hacerlo mas incurable.

Gran Dios! vos solo podéis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazon, manteniendo en él odios injustos. Hacéd, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ó Dios mio, tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, cuando tengo tanta necesidad de que uséis

conmigo de indulgencia y de una gran misericordia? ¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo, á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, cuando vuestra Majestad soberana há tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡yo, que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo! ¡yo, que nada tengo que sea digno de alabanza, aún segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y mis excesos! ¡yo, que debiera mirar los mayores ultrajes como un castigo muy benigno! ¡yo, finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si vos no os olvidáis de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

Pero no, Dios mio! vos habéis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio que os hago de mis resentimientos : no juzguéis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvido, sino por la soberbia que las habia aumentado y me las habia hecho tan sensibles ; y pues me habéis prometido el perdon de mis ofensas, así que yo perdone las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas : con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen.